

## No se le da

### Bitácora del agonizante.

#### Camino para cien voces

FERNANDO SOTO APARICIO

Panamericana, Bogotá, 2015, 87 pp.

EN MAYO de 2016, en Bogotá, murió Fernando Soto Aparicio, uno de los más prolíficos autores de los que haya tenido noticia la literatura nacional. Con cerca de setenta libros publicados, entre novelas, ensayos, cuentos y poesía, pocos autores pueden contar como él con una obra tan copiosa. Sus libros fueron durante años materia obligada de lectura en colegios y universidades de todo el país, e ignoro si también en otras latitudes. Lo cierto es que este reseñista, la generación anterior y todavía un par de generaciones posteriores fuimos sus lectores. Recuerdo, aunque vagamente, las cartas que componían una novela suya muy en boga en mis primeros años de bachillerato: *Mientras llueve*. Luego leí otra novela suya que fue precursora en su momento de lo que se llamaría literatura de protesta o de denuncia. Titulada *La rebelión de las ratas*, trata de la dura vida de unas gentes en los arrabales de una ciudad, en medio de las basuras y de una miseria que, creo, no alcanza los bordes infernales de lo que es la miseria hoy en día en nuestras ciudades y en otras partes del orbe. Ya había miseria —siempre la ha habido— pero, al menos en nuestras letras, no había sido consignada claramente. También para esas épocas Arturo Echeverri Mejía publicó su *Marea de ratas*, y el mundo leía con asombro *Of Mice and Men* de John Steinbeck (esta con un componente psicológico que la ubica ya en un terreno más complejo y de dimensiones humanas más hondas). Todas obras de denuncia social, cada una en su ámbito. Por esos mismos años, Manuel Mejía Vallejo había hurgado en el sufrimiento de esos mundos en *La tierra éramos nosotros* y *Al pie de la ciudad*. Obviamente la lista es hartó más larga, pero entre nosotros había algo así como un despertar hacia ese tipo de temática y de conciencia.

Los poemas de este libro, dividido en 36 salmos —el rey David escribió 73—, van acompañados por unas pocas páginas a manera de prólogo y

de epílogo, “Umbral para la entrada” y “Umbral para la salida”, respectivamente. Los poemas, de formas diversas, algunas veces escritos en verso clásico, otras en verso libre, nos hablan de la enfermedad, el dolor, lo injusto de ese dolor, la brevedad de la vida, la incógnita del abismo. Hay un desespero genuino. El desespero de quien sabe que la enfermedad avanza y que en poco tiempo va a morir. A lo que se suma el dolor natural de dejar la vida. Es, como queda claro desde el título, un cuaderno de bitácora, como en el que llevan sus apuntes los hombres de mar. En este caso son las reflexiones de un hombre que va a morir. Son, por decirlo así, sus últimas palabras. Hay una suerte de dramaturgia, pues el autor ha querido que esos textos estén dichos por personajes femeninos de sus obras. De sus novelas o cuentos. De tal manera que al inicio de cada poema podemos leer: “En las voces de: Lucía Valdez y Chelo Villalba (*Viaje al pasado*), Manuela Beltrán y Amanecer Fernández (*Camino que anda*), Carolina Moreno y la Cachitos (*Quinto mandamiento*)”. Los títulos entre paréntesis corresponden a los libros del autor donde aparecen los personajes. Todas mujeres, porque el autor nos dice desde el prólogo que ha vivido entre mujeres y que ha tenido esa suerte, que las ha querido y lo han querido mucho.

Nos dice también que lo único que va a quedar de él es su obra. Bueno, y ahí sí que la cosa se complica porque nadie está seguro de que sus propios escritos vayan a ser inmortales. Normalmente la muerte es absoluta. Pocos, pocos son los autores que subsisten después de su muerte. “La espantable y fea”, como la llamó Cervantes, es implacable y aunque hayamos trabajado muy duro, casi siempre caemos en el olvido. Incluso autores que en vida conocieron la fama y la gloria desaparecen del todo. A veces de forma injusta. Otros son olvidados por años, en ocasiones por siglos, hasta que de pronto algún desocupado se pone a leerlos y los redescubre. Tal cosa pasó con Shakespeare. Y con no pocos autores. El destino literario es algo que fácilmente es arbitrario. No pocos Premios Nobel han corrido con esa suerte. Lo mismo sucede con los premios, ya que hablamos del más fa-

moso de todos. Ganarse un premio no es garantía de calidad, pero ganárselo tampoco quiere decir que el autor no sea bueno. Y al revés. Hay tantas posibilidades como cruces puedan hacerse con ese simple enunciado.

Voy a transcribir algunos versos para que el lector de esta reseña sepa de qué le hablo.

Miremos los primeros versos del salmo XXXI (en las voces de Casandra Pérez y Ágata Cristián, de *Viva el ejército*; Juana Torralba y doña Ninfa, de *Después empezará la madrugada*; y Camila Rubio y sor Margarita, de *La agonía de una flor*). Dice el poema:

Quando estamos a punto de perderla,  
la vida nos parece más hermosa.  
Más frescas las manzanas, y más dulce el canto de la alondra.  
Las campanas semejan voces que nos llaman en la sombra.  
Nos volvemos abrazos ambulantes que buscan el calor de otra persona.  
Hay en cada paisaje una mirada honda que nace de los ojos de las fuentes en donde las estrellas son las hojas que se caen del árbol de la noche.  
(...)

Me da pena con el maestro Soto Aparicio, pero lo de que “las estrellas son las hojas que caen del árbol de la noche” no es una imagen propiamente nueva ni inaugura ninguna forma de decir. Es más bien una frase manida, ya hecha, oída muchas veces y utilizada con un pretendido sentido poético.

Y del salmo XIX (en las voces de Isola Iglesias y Domitila Palmar, de *La demonia*; Dora María, de *La pequeña escultura*; y Mariló y Mayuyis, de *Los viajeros de la eternidad*), veamos:

Duelen el alma y el cuerpo día y noche, mañana y tarde.  
Las piernas están cansadas, las manos siguen errantes;  
los brazos, gajos sin nidos ya no recuerdan los árboles;  
el dolor los vuelve astillas y no les queda la imagen de lo que fueron las alas cuando pudo ser un ángel.  
(...)

Otro tanto: hay una voz cansina que nos dice al oído que eso ya fue dicho, lo del árbol y las ramas y el ángel.

Los talentos literarios no siempre van parejos. No todo el mundo es Victor Hugo, no todo el mundo el Kipling, no todo el mundo es Shakespeare o Borges. Hay quienes se expresan en diversos géneros con la misma habilidad; lo hacen en la novela, el cuento, la poesía o el ensayo. García Márquez, sin ir más lejos, fue un gran novelista, un espléndido cuentista y cronista, un gran periodista. No se le pidiera a él un ensayo. Por ahí han hecho pasar por ensayo una crónica sobre José Asunción Silva; pero no, el ensayo es otra cosa. El ensayista es un lector que analiza y nos da luces a otros lectores tal vez menos avisados que él, nos guía en la lectura y nos señala rincones que no habíamos visto. No pretendamos que Aurelio Arturo nos deje un ensayo sobre la obra de Proust. Seguramente tendría sus opiniones que daría a conocer en una conversación de café, pero no los grandes ensayos de un Edmund Wilson, o de un Hernando Téllez en nuestro medio. En mi modesta opinión, a Soto Aparicio la poesía no se le da.

El problema serio radica en que la poesía es un género que no admite medias tintas. Y su enemigo natural es el lugar común. Los poemas de Soto Aparicio son textos bien escritos, pero personalmente no logran arrebatarme; y yo le pido a la poesía que me lleve, que no me suelte. Por supuesto que las cosas no se hacen solas. Se necesita de un autor que se siente y haga la tarea. Pero falta un soplo, el famoso “no sé qué que quedan balbuciendo” de san Juan, el misterio de la belleza que hace que nos perdamos en cada obra, en cada verso, en cada composición musical, en cada cosa bella. (Obviamente que esa belleza admite discusiones, ¡sobre todo ahora cuando cada línea debe ir acompañada de una teoría y un discurso inacabables!)

Quisiera, para terminar, comentar la edición. Panamericana tiene unas de las máquinas más nuevas y versátiles que se encuentran en el mundo editorial de nuestro país. Tanto, que no son pocas las empresas de este medio que imprimen sus obras en los talleres de Panamericana. Me atrevo a decir que no está muy bien de ilustradores ni diseñadores. En el caso específico de este libro de poemas de Fernando Soto Aparicio, debo señalar que los *lujos* de la edición dejan mucho que

desear. El papel satinado, que imita antigüedad, con ilustraciones como de libros viejos, sobres estampillados de otras épocas, viejas cámaras fotográficas, timones de navíos, locomotoras, valijas amarradas, sumadas al “percutido” simulado, creo que le ayudan poco a la edición. Y la cubierta es del mismo estilo: una pasta dura de tonos pretendidamente vetustos, con unos repujados y un brillo que francamente obedecen a una estética deplorable.

En todas partes pueden hacerse libros bellos y horribles. En Colombia hay editoriales que hacen libros con diseño y materiales sobrios y finos; me pregunto por qué hay sellos que se empecinan en gastar un dineral haciendo libros feos. Entiendo que, para evitar el desgaste de los libros en el trajín de sus lectores, se haya llegado a la patética plastificación, ¿pero no habrá forma de que brillen menos?

**Fernando Herrera Gómez**